

consuela, no que hace reír; para nosotros, las agrias discusiones entre un hijo y una madre, por razón de pequeños intereses, es algo antipático, no algo alegre; para nosotros una familia que acabe toda ya suicidándose, ya por la tisis, es una familia infeliz, no una familia regocijante.

Sólo podía ser Rusia la creadora de este humorismo sombrío. En nuestros tiempos bárbaros era grato el bufón. Sus jorobas le daban derecho a descu-

brir las fealdades invisibles de los que le rodeaban. ¡Y se reía a cada tara descubierta! En la Rusia primitiva y bárbara el bufón no existe, ni hace falta. Todos tenemos nuestra giba interna y hemos de ser nosotros nuestros bufones. Para Salticoff el espectáculo de la miseria humana es el que hace reír. Un humorismo especial que, en vez de alegrar, se siente como un golpe de maza clavera.

roso, arrojando por la nariz trémula dos chorros blancos de aire caliente y vital, iba rompiendo con los cascos la coraza de plata de la montaña, hasta que al fin llegó a punto en que se detuvo; arqueando el cuello, tendió las orejas hacia adelante y dijo de un modo casi humano:—Por aquí, no; hay un abismo. Dió una vuelta, girando en las patas traseras, y al seguir por otro lado, volvió a exclamar con un resoplido:—Por aquí, tampoco; esto es una grieta insondable. Probando salida por todas partes, se plantó al fin en un punto, con ser que Jacinto le rasgaba los ijares a espalozos sonoros, salpicando las nieves con rubíes de sangre.

Allá lejos, el hondo silencio de las noches eternas, roto a veces por el berrido simultáneo de una cuadrilla de leones; como paralizada procesión de monjes encapuchados de blanco, melancólico reguero de frailejones silenciosos; la mudez infinita, la negación de la vida, un paso de ahí a la muerte; y sin embargo, el mozo a horcajadas en su corcel palpitante, no se daba cuenta de aquel frío extraterrestre, embelesado con la llama crepitante y dorada que le abarcaba el corazón y con la cual se sentía capaz de fundir todas las nieves de las cordilleras y del polo. Pero no pudo dar un paso más camino de su felicidad, porque el caballo se negó prudentemente a seguir, a sepultarlo en una grieta azul de esas que forma el hielo rajadizo, insondables y misteriosas.

Inmóvil, pensativo y enamorado, pasó la noche sobre el corcel, que al fin hizo de su cuerpo una carruja, agachó las orejas y se dió a protestar en silencio contra aquella crueldad.

Por último vino el alba y derramó una tímida aguada de carmín sobre la cordillera marmórea, y caballo y jinete se orientaron del camino, y vuelta otra vez a las zancadas y galopes, y saliendo el sol, tibio y cariñoso, después de esa gélida noche, se presentaba Jacinto radiante y vivaz en el pueblo de su amada.—Pero si ella se vino ayer con un hermano, le decía a una vecina alarmado y empalidecido.

—Puede ser, pero aquí no ha llegado.

—Usted la conoce, señora, por Dios?

—Como a mis manos; al que no conozco es al hermanito.

—Cómo que no? Un sujeto blanco, de ojos verdes.

—Acabáramos! el amante que la sigue a todas partes, adorado por ella; qué niño más inocente que éste!

—Esto sí es frío en medio de tanto sol,—dijo Jacinto—al revés del incendio de anoche, en medio de tanto frío!

Y se quedó desabrochando la cubierta del revólver.

(El Gráfico, Bogotá, 1919).

## LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

### Nieves incendiadas

POR SAMUEL VELÁSQUEZ

EN uno de los pueblos que con íntima confianza, como si estuvieran recostados al vellón de un cordero, se han levantado junto a la base de los nevados del Ruiz, vivía Jacinto, un mozo de veinticinco años, altanero, levantisco y hermoso, que no tenía más embeleso que el de hacerse querer, sin darle a nadie íntegramente su corazón.

Y se encantaba cuando sabía que dos o más chicas de las que manoseaban perlas, o de las que trajinan escaleras abajo, se iban a la greña, disputándose la real hombría del Apolo de parroquia; y así iba camino de su juventud, mecido en lánguido columpio de caricias, sin que saltase al huerto otro gallo de plumas tornasoles a picotear las flores que a diario le ponían a Jacinto las muchachas en el altar.

Mas sucedió que llegó al pueblo una viuda, seductora como una fruta que va a caer de la rama a fuerza de madurez, seria y misteriosa; dueña, pues, de tres anzuelos en que le dió por picar a Jacinto, hasta que se quedó colgado de uno, atravesadas las agallas con una certeza mortal. Y resultó que el cóndor de los amplios aletazos topó al fin con una águila de pico fuerte y corvo como una media-luna de oro, que lo obligó a plantar en seco encima de la roca de la desesperación. Estaba enamorado el dios de provincia con toda la ingenua sencillez de un hijo de las sierras, hasta sentir a todas horas el corazón hinchado de lágrimas y un infinito deseo de eliminarse de entre los vivos, porque la viuda, avisada y lagarta, lo llevaba a rienda corta, dándole apenas gotas de miel del panal de sus encantos.

La madre naturaleza se había encargado de vengar a todas las mucha-

chas que suspiraban por el indiferente mancebo.

Las cosas así, le vino en antojo a la viuda trasladarse a su pueblo, frontero al de esta historia, separados los dos por los altos murallones de las nieves del Ruiz, por sobre los cuales culebrea el camino que va del uno al otro. Y un día se madrugó en compañía de un su hermano, dejando a Jacinto sonámbulo de tristeza y rondando al borde de la cascada del suicidio. El mozo pasó la mañana bregando por ahogar su desventura en un piélago de bebidas turbulentas, pero era el caso que a cada instante la pena tornaba a ponerse a flor de corazón, como el salvavidas que, hundido a la fuerza en el agua, en cuanto lo sueltan, sube como una flecha a recobrar su puesto.

Desesperado el mancebo, y cuando apenas le faltaban metros al sol para esconderse, ensilló un caballo que tenía, trémulo de nervios y elegancia, y hala que te vas, como un centauro, detrás de la divina ladrona de su tranquilidad.

Andando, andando casi a vuelos no se fijó en que la noche lo iba aprisionando en tumbos de sombra, y cuando menos pensaba en ello, se encontró con que iba pisoteando las áridas estepas del Ruiz, a cuyo frente y a pocas cuadras quedaba la solitaria blancura de las nieves eternas, por sobre las cuales tenía que pasar. El frío lo acribillaba como un aguacero de púas, y para remate, empezó a caer una helada inmisericorde que, como una invasión de mariposas blancas, fué borrando linderos, frailejonales, caminos y contornos, hasta que quedó toda la cordillera como una tumba gigantesca.

Sin embargo, el caballo, ágil y vale-